

## *El caso Hegel. Sobre el “Prólogo” a Fenomenología del espíritu*

**Mario Morales Domínguez**

### **Introducción**

**L**a ambición de la obra de Hegel es abarcarlo todo. Pero en ese querer se va la vida. Siempre hay costos para nuestra ambición. Desde Freud sabemos que el deseo no se puede simplemente cumplir y dejar satisfecho a quien lo cumple. Muy al contrario, el cumplimiento del deseo nos deja aún más expuestos a nuestra falta estructural. El caso de Hegel resulta esclarecedor a este respecto. No es casualidad que se presente en la historia un poco antes que Freud. Y es que, como lo dice Jean-Luc Nancy, “Hegel es el pensador que inaugura el mundo contemporáneo. Toda su obra está penetrada y motivada por la conciencia y por la emoción de tener que habérselas con una inflexión decisiva en el curso del mundo, y, por lo tanto, en el curso de la filosofía”.<sup>1</sup> Sin duda, Hegel es un pensador imprescindible para entender la filosofía actual. Su obra representa, o quizá más bien presenta, un intento que culmina un proyecto incommensurable: el proyecto de la razón. Hegel lo logra, integra en su obra todos los aspectos de lo que puede ser pensado y experimentado. Pero este logro tiene efectos secundarios, pues a partir de ello se abre un espacio para la negatividad en un sentido muy corrosivo. Como lo diría Georges Bataille, “Hegel ganó, en vida, la salvación, mató la súplica, se mutiló. No quedó de él más que un mango de pala, un hombre moderno. [...] El sistema es la anulación”.<sup>2</sup>

Y es curioso que eso lo haya hecho justo el pensador que intentó resolverlo todo por medio de la razón. En Hegel, el costo que se tiene que pagar es que la razón se disloque a sí misma. La razón de Hegel tiene que dar una vuelta por su contrario para poder llegar a ser lo que es. No se trata de la

<sup>1</sup> Jean-Luc Nancy, *Hegel. La inquietud por lo negativo*. Madrid, Arena, 2005, p. 9.

<sup>2</sup> Georges Bataille, *La experiencia interior*. Madrid, Taurus, 1973, p. 52.

razón sin contradicciones, sino, por lo contrario, es aquella que abarca todas las contradicciones. Eso es lo que hace la lectura de Hegel algo difícil, quizá imposible, si se quiere encontrar en él una respuesta última. Hegel, al contrario de esto último, no ofrece algo definitivo, sino justo la posibilidad de que se siga pensando, de que se sigan generando conceptos. Por ello, la obra de Hegel se presta para casi cualquier cosa, si se la toma como tal. Pero para eso está ahí.

Vale la pena retomar la obra de Hegel no para simplemente seguirla y afirmarla, sino precisamente para torcerla, distorsionarla, e incluso negarla, pues, como él mismo sugiere, no es más que en la pura y simple negatividad donde ésta, si acaso, podría alcanzar una verdad. Es posible llevar los planteamientos de Hegel a su extremo, utilizándolos para vislumbrar otras formas de hacer filosofía, yendo más allá de Hegel, apropiándolo para nosotros, pero, sobre todo, sabiendo que eso implica, en primer lugar, su negación. Es decir que, por contradictorio o absurdo que pudiera parecer, la única forma de apropiarse del discurso hegeliano es negándolo. “El espíritu no es esta potencia como lo positivo que se aparta de lo negativo, [...] sino que sólo es esta potencia cuando mira cara a cara a lo negativo y permanece cerca de ello”,<sup>3</sup> diría Hegel mismo. Una vez que tocamos el lado negativo, cualquier tipo de desviación se hace posible. Se trata de darle actualidad al discurso hegeliano, pero, como se verá, esto no se puede hacer si no es impugnándolo, rompiéndolo, pervirtiéndolo; llevándolo hacia lugares quizá insospechados, sobre todo, llevándolo de la razón hacia la locura.

Considerando lo anterior, en el presente texto se defiende la tesis de que el acercamiento a la obra de Hegel nos puede abrir el panorama hacia un entendimiento de la filosofía como algo sin fundamento, puesto que se trata de un acercamiento hacia la locura. Pero esa locura es quizá la que nos define como humanos. Hoy se hace necesario este enfoque, ya que no parece haber una resolución definitiva a los conflictos mundiales. Y es que quizá no tendría por qué haberla. Habría que aprender de Hegel en al menos dos sentidos. Primero, quizá no para intentar volver a realizar su hazaña omnipotente, sino, al contrario, para no volver sobre ella; es decir, una enseñanza en sentido negativo. Pero lo que podemos ver también es, por otro lado, el inagotable esfuerzo que hace para envolver y resolver incluso los aspectos más negativos de nuestras experiencias, y aun así atreverse siempre a llamar a todo eso como “razón”. Recordemos que, para Hegel, “la razón es el *obrar con arreglo a un fin*”.<sup>4</sup> Es decir, no es que la razón sea el fin solamente; no es que se llegue a la razón, a la verdad, de una vez por todas y ya, sino que la razón es lo que motiva una y otra

<sup>3</sup> G. W. F. Hegel, *Fenomenología del espíritu*. México, FCE, 1966, p. 24.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 17.

vez a la negación, al movimiento. Aunque obviamente el propio movimiento constante puede moverse también de lo racional a lo irracional, la razón sería el único medio de ponerlo en positivo. Podríamos llamarle de cualquier otra forma, pero la razón nos habla del momento en que podemos enunciar algo. Si queremos hablar de algo, esto tiene que ser racional. Éste sería el lado positivo. Quiere decir que a pesar de nuestros impotentes intentos por abarcar el absoluto, como lo hizo Hegel y como tiende a hacer la filosofía en general, el simple hecho de que nosotros estemos aquí para enunciar algo, aunque sea como una locura, es ya algo que fue realizado positivamente; y, como tal, contiene un sentido, nos lanza de nuevo hacia adelante. Razón y locura no pueden verse por separado. Ambas son positivas y negativas a la vez, pero la enseñanza es que la mera acción de identificarlas como tales ya es un impulso hacia el devenir, hacia el movimiento.

Todo lo anterior queda evidenciado en el "Prólogo" que podemos encontrar en *Fenomenología del espíritu*. En él se sintetiza gran parte del proyecto hegeliano, pero, sobre todo, se expresan todos estos elementos contradictorios y a la vez concretos y positivos de la filosofía. Por ello nos centraremos en este texto y lo complementaremos con algunos otros a fin de contrastar y constatar su actualidad. Varios autores nos acompañarán en este recorrido, especialmente Sigmund Freud, con una lectura paralela para explicar a Hegel; Georges Bataille, en sus puntualizaciones sobre lo negativo en Hegel ligado al sacrificio y la muerte; y, por último, Jean-Luc Nancy, para ligarlo directamente al momento histórico filosófico actual.

La elección de estos tres momentos posteriores a Hegel en el pensamiento occidental obedece a que se hace necesaria una actualización que no puede realizarse sin dar cuenta de ciertas torsiones por las que ha pasado la cultura occidental antes de llegar a nuestro presente. Es decir, no es conveniente querer hacer una lectura de Hegel desde el presente si no se toman en cuenta anclas que nos marquen los puntos de inflexión que nos separan o que nos unen con su pensamiento. Si bien podría llevarse a cabo tal labor desde otros autores, cada uno de los aquí tomados representa un punto crucial, ya sea respecto a una lectura de Hegel como a algún momento de transformación clave en el pensamiento occidental. En ese sentido, si Hegel llevó a la razón hasta sus últimas consecuencias, un poco más tarde Freud representa el golpe más duro a la razón y a la conciencia occidental que ha habido en la historia. Según su propio planteamiento, no fue suficiente que Darwin haya dado un golpe a la razón haciéndola ver como una mutación más del reino animal, sino que el siguiente golpe, el cual viene de la psicología y del cual Freud mismo forma parte, es hacia el yo como operador de esa razón que de por sí ya no es ningún privilegio absoluto. El yo ordenador, el sujeto, queda totalmente cuestionado, pero no por algo externo a sí mismo, sino de hecho, por algo

que le compete a sí y que se expresa como síntoma, es decir, como brotes que rompen y cuestionan la razón y la conciencia mismas.<sup>5</sup>

Bataille, por su parte, no tuvo que hacer más que retomar a Hegel y poner énfasis en el desgarramiento al que nos lleva su postura si se lleva hasta sus últimas consecuencias. Dice Bataille: “Sólo la razón tiene el poder de deshacer su obra, de demoler lo que edificaba. La locura no es eficaz [...]. No alcanzamos, sin la ayuda de la razón, la ‘sombria incandescencia’”.<sup>6</sup> De esta manera, Bataille aprovechó el desenfreno de la razón explorando lo que él identificó como la experiencia interior no sólo como una experiencia negativa, sino también mística, de éxtasis, de arrobamiento, de no-saber, del sinsentido; sin fundamento ni revelación. Como él lo sugiere, para llegar a ello no era suficiente simplemente desapegarse de la conciencia bajo el desvarío, el delirio o el disparate, sino justo lo contrario: adentrarse tanto en la experiencia de la razón que ella misma termine en frenesí. El sacrificio y la muerte en Bataille representan el límite de tal transgresión; una experiencia sin dogma ni ciencia, sino un fin en sí misma.

Con Freud y Bataille podemos colocarnos de lleno en el siglo xx, y los cambios que representó éste en el pensamiento occidental. La falta de fundamentos absolutos y la desmesura en una gran cantidad de ámbitos que caracterizan el siglo no pueden dejarse de tomar en cuenta para pensar el presente. Finalmente, Nancy, un pensador contemporáneo, escribiendo en el umbral del siglo xxi, nos puede dar la pauta para situarnos en los desafíos actuales. Su trabajo *Hegel. La inquietud por lo negativo* constituye tanto un acercamiento a la propia obra de Nancy como a lo que la lectura de Hegel aún tiene por decirnos. La importancia de Hegel, para Nancy, es que “fue indudablemente el primero en tener esta conciencia propiamente moderna de la violenta paradoja de un pensamiento cuyo valor propio es todavía inaudito, y cuyo dominio es la grisura del mundo”.<sup>7</sup> Esa “grisura” no es más que la gama de altos y bajos contrastes, oposiciones, antagonismos, disparidades, contrariedades, oximorones, a los que nos vemos enfrentados hoy en día sin tener una escala u orden regente omnímodo. Estamos por ello requeridos, pero también dispuestos a pensar o tratar de captar una ontología que se mantiene siempre por venir al mismo tiempo que se actualiza; que se instala a la vez que se desplaza todo el tiempo entre lo singular y lo plural<sup>8</sup> y, como es defendido en este texto, entre la razón y la locura.

<sup>5</sup> Esta idea fue desarrollada por Freud en un artículo publicado en 1917 titulado “Una dificultad del psicoanálisis”, en Sigmund Freud, *Obras completas*, vol. xvii. Buenos aires, Amorrortu, 1984, pp. 125-135.

<sup>6</sup> G. Bataille, *op. cit.*, p. 55.

<sup>7</sup> J.-L. Nancy, *Being singular plural*. Stanford, Universidad de Stanford, 2000, p. 10.

<sup>8</sup> En *Being singular plural*, Nancy realiza un intento de “rehacer por completo

## El caso Hegel

Como ya se dijo, la obra de Hegel pretende abarcarlo todo. Tan es así que llega el momento en que al tener la tarea de prologar sus obras resulta extraño querer añadir algo a eso que pretende no haber dejado nada fuera. Si el “Prólogo” se sitúa en una posición externa es porque se está advirtiendo de inmediato que algo falta en la obra. Pero la filosofía que pretende realizar Hegel no permitiría tal operación. No puede haber una mirada externa, diría Hegel, a la verdad misma. Y entonces cabe interpretar la necesidad del “Prólogo” como algo más bien trágico de toda obra y principalmente si se trata de una obra filosófica. Para Hegel, la filosofía no puede contentarse con ser un mero intento de la sabiduría, un mero acercamiento, sino que tiene que ser ésta misma. Pero he aquí que jamás puede cumplir su propósito, o quizá justo al cumplirlo abre paso a que ésta misma sea refutada de inmediato. Justo al mostrarse, al escribirse, al plasmarse, al manifestarse, la filosofía inaugura la posibilidad de que emerja algo. Se trata entonces de la posibilidad misma del ser lo que se juega en la filosofía.

Hegel insiste en que la necesidad externa e interna es siempre la misma: “En cuanto a la necesidad *externa*, concebida de un modo universal, prescindiendo de lo que haya de contingente en la persona y en las motivaciones individuales, es lo mismo que la necesidad *interna*, pero bajo la figura en que el tiempo presenta el ser allí de sus momentos”.<sup>9</sup> Lo que propone entonces es adentrarse en la experiencia de la cosa misma, de tal suerte que en esta unión con el devenir de la cosa lo verdadero se exprese en el sujeto mismo; y, sobre todo, se exprese como negación. La filosofía entonces se hace performativa. La filosofía no es un discurso sobre las cosas, sino que tendría que ser la cosa misma, envolver a su contrario y a sí misma. Ya en ese plano, no hay cabida para nada externo. Se trata de una especie de psicosis; no sin envolver la paradoja de que en esa demencia la filosofía siempre es racional. No es posible salir de la ley de la razón justo porque la ley ya está encarnada. Se podría decir que de forma opuesta a la demencia divina que él califica como “la noche en la que, como suele decirse, todos los gatos son pardos”,<sup>10</sup> misma que identifica con la postura de Schelling, Hegel propone más bien una demencia controlada, o, mejor aún, la demencia misma del control, de la ley, de la razón. Y para caracterizar más específicamente esta extraña “psicosis racional” en la que nos envuelve, quizá se podría equiparar con una especie de paranoia en el sentido de que siempre está la necesidad de movimiento, de huida del lugar en el que la ‘filosofía primera’, dándole como fundamento el carácter ‘singular plural’ del ser” (*ibid.*, p. xv).

<sup>9</sup> G. W. F. Hegel, *op. cit.*, p. 9.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 15.

se ha llegado; una necesidad de escapar a una visión externa al mismo tiempo que se pretende encarnar esa misma visión.

Etiquetar la filosofía de Hegel como un caso de psicosis paranoica no es en absoluto casual. Quizá un antecedente del caso Schreber, analizado por Freud, bien podría ser el caso Hegel: “El *puro* conocerse a sí mismo en el absoluto ser otro, este éter *en cuanto tal*, es el fundamento y la base de la ciencia o el *saber en general*”,<sup>11</sup> dice Hegel. Es decir, que el yo implica una negatividad esencial. El yo es siempre tránsito de la indeterminación a la determinación. Está constantemente negándose para poder encontrarse. “El individuo, como ya de suyo lo exige la naturaleza de la ciencia, debe olvidarse tanto más y llegar a ser lo que puede y hacer lo que le sea posible, pero, a cambio de ello, debe exigirse tanto menos de él cuanto que él mismo no puede esperar mucho de sí ni reclamarlo”.<sup>12</sup> Básicamente el individuo debe anularse, perderse, para conocer lo verdadero. Más aún, “lo verdadero es, de este modo, el delirio báquico, en el que ningún miembro escapa a la embriaguez, y como cada miembro, al disociarse, se disuelve inmediatamente por ello mismo, este delirio es, al mismo tiempo, la quietud translúcida y transparente”.<sup>13</sup> La lección aquí es que la tarea de la filosofía es delirar tal como lo hizo Hegel, pues sólo así se abren las posibilidades del mundo.

Retomando brevemente el caso Schreber, recordemos que éste “se sentía la mujer de Dios”.<sup>14</sup> Schreber sentía que era violado por Dios. Y Hegel, como lo remarca Nancy, parecía también experimentar una penetración, porque al intentar penetrar él mismo en el saber absoluto y total era a la vez violado por éste. “Quien penetra es penetrado, pues el pensamiento es el pensamiento del ser mismo, y no ‘el mío’”,<sup>15</sup> dice Nancy. Al tener comercio sexual con Dios, Schreber creía poder hablar el “lenguaje fundamental” con el que habla el mismo Dios. Y el resultado de ese comercio sexual con Dios serían “hijos del espíritu” que daría a luz Schreber y que ayudarían a redimir el mundo. Hegel, por su parte, dice: “La vida de Dios y el conocimiento divino pueden, pues, expresarse tal vez como un juego del amor consigo mismo”,<sup>16</sup> pero a Dios le falta el trabajo de lo negativo, es decir, el sujeto. Hegel, como Schreber, era a tal grado consciente de su delirio que puede describir cada una de las facetas del mismo. Además, ambos lo realizan con fines similares. Schreber dice estar sirviendo a la ciencia y el estudio de las más altas verdades religiosas con su

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 19.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 48.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 32.

<sup>14</sup> S. Freud, “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (*Dementia paranoïdes*) descrito autobiográficamente”, en *Obras completas*, vol. XII, p. 30.

<sup>15</sup> J.-L. Nancy, *Hegel. La inquietud por lo negativo*, p. 23.

<sup>16</sup> G. W. F. Hegel, *op. cit.*, p. 16.

testimonio. Es decir, ellos saben de la fuerza de lo que están escribiendo. Tal parece que la filosofía y la locura tienen mucho en común. Y es que, de acuerdo al mismo Freud, las alucinaciones de la paranoia no están en absoluto alejadas de las neurosis comunes, es decir, de la vida que llevamos todos, simplemente en ellas se trasluce lo que todos escondemos. Según Freud, los paranoicos en el síntoma sólo dicen lo que quieren decir, mientras que los demás lo callamos. En el caso de la filosofía de Hegel, éste se atrevió a decir aquello bajo un ejercicio consciente que lo llevó finalmente a lo mismo que a Schreber, un delirio. Y no es nada sorprendente que, como lo remarca Bataille, “Hegel, en el momento en que se cerró el sistema, creyó durante dos años volverse loco [...] se vio, en un sentido profundo, convertirse en muerto”.<sup>17</sup>

Hegel, en su afán por encarnar él mismo la filosofía, la razón, la verdad, trata de perderse a sí mismo. Se identifica como el espíritu inacabado. El espíritu en él como individuo es insignificante. Por ello tiene que desgajarse, partir su subjetividad. “El espíritu sólo conquista su verdad cuando es capaz de encontrarse a sí mismo en el absoluto desgarramiento”.<sup>18</sup> Para ello tiene que pasar por la muerte y la negatividad en sí misma; afrontándolas y asumiéndolas como parte constitutiva de su ser. La ciencia en Hegel no es más que esto: un abandonarse a la mera contingencia, confiando en que todo lo que pase será finalmente racional.

Pero cabe recordar que esta racionalidad, lejos de salvarnos, se trata una vez más de la acción de la pura y simple negatividad. Si el devenir que propone Hegel es un constante negarse a sí mismo, entonces el mundo de Hegel es más bien un abismo. Como lo diría Nancy, “una absoluta negatividad de lo Absoluto parece constituir toda la experiencia de este mundo, y su autoconciencia. Pero es su experiencia, y es su conciencia: no se las podríamos quitar”.<sup>19</sup> Y es que en aquel intento por encontrarse a sí mismo por parte del sujeto hegeliano se disuelve toda sustancia, toda instancia primera y última, dice Nancy. El sujeto es el puro acto: “el fin es lo inmediato, lo *quieto*, lo inmóvil que es *por sí mismo motor* y, por lo tanto, *sujeto*. Su fuerza motriz, vista en abstracto, es el *ser para sí* o la pura negatividad”.<sup>20</sup> Y su acto es la negatividad del sistema, continuaría Nancy. Y en efecto, Hegel lo pone de manera muy clara: “La filosofía debe guardarse de ser edificante”.<sup>21</sup> Se trata de ir hacia lo más profundo de lo que ya es. No se trata de inventar un éxtasis que va más allá de todo, sino de emparejarse a las particularidades; es un movimiento de apego y desprendimiento continuo. “Este mundo se percibe a sí mismo como

<sup>17</sup> G. Bataille, *Escritos sobre Hegel*. Madrid, Arena, 2005, pp. 90-91.

<sup>18</sup> G. W. F. Hegel, *op. cit.*, p. 24.

<sup>19</sup> J.-L. Nancy, *Hegel. La inquietud por lo negativo*, p. 10.

<sup>20</sup> G. W. F. Hegel, *op. cit.*, p. 17.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 11.

el mundo gris de los intereses, de las oposiciones, de las particularidades y de las instrumentalidades”.<sup>22</sup>

No hay estado estático de lo bello, lo sagrado, el amor, lo eterno, para Hegel. Todo ello se sacrifica a cada momento. “El mundo hegeliano es el mundo en donde ninguna generalidad subsiste, sino sólo singularidades, infinitamente”.<sup>23</sup> Lo positivo de la filosofía es siempre inmediato, es efímero, parece a cada instante. Bataille incluso llegó a ver en la muerte y el sacrificio las dos operaciones fundamentales de la filosofía hegeliana. Dice Bataille: “no puede haber auténticamente Sabiduría (Saber absoluto, ni tampoco en general nada semejante) si el Sabio no se eleva, me atrevo a decir, al rango de muerto, por más angustia que haya en ello”.<sup>24</sup> Y más adelante dice: “acerca del sacrificio, puedo decir esencialmente, en el plano de la filosofía de Hegel, que en cierto sentido el Hombre ha revelado y fundado la verdad humana sacrificando”.<sup>25</sup> Para Bataille, la negatividad del hombre que explora Hegel refleja el negro carácter de la humanidad en su totalidad. “Para Hegel, en efecto, la Acción es Negatividad, y la Negatividad, Acción”.<sup>26</sup> Se trata de la Nada en sí misma, pero en ella también el Mundo histórico. En este sentido, lo positivo y lo negativo son finalmente lo mismo. “El resultado es lo mismo que el comienzo simplemente porque el *comienzo es fin*”.<sup>27</sup>

La ciencia para Hegel son los automovimientos puros del concepto. En ella tarde o temprano la sustancia se vuelve accidente, el sujeto objeto, lo interno externo, la razón locura. Esto es, tomándolo radicalmente, lo que envuelve la proposición especulativa: todo puede suceder. La multiplicidad sólo es posible gracias a ese desfondamiento. Y en esa operación los predicados son impredecibles. La ciencia de Hegel es totalmente inmanente, “lo que es vuelve a recoger en sí mismo este despliegue o este ser allí, es decir, se convierte a sí mismo en un *momento* y se simplifica como determinabilidad”.<sup>28</sup> Sin embargo, esta determinabilidad es justamente un momento antes algo totalmente indeterminado. Tal es la tragedia que trae consigo la inmanencia y la especulación en Hegel, pero que, sin embargo, él mismo no puede más que esforzarse por rescatar el aspecto positivo, es decir, el resultado; “en el pensamiento conceptual lo negativo pertenece al contenido mismo y es lo *positivo*, tanto en cuanto su movimiento inmanente y su determinación como en cuanto la *totalidad* de ambos”.<sup>29</sup>

<sup>22</sup> J.-L. Nancy, *Hegel. La inquietud por lo negativo*, p. 9.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 28.

<sup>24</sup> G. Bataille, *Escritos sobre Hegel*, p. 16.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 22.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 12.

<sup>27</sup> G. W. F. Hegel, *op. cit.*, p. 17.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 36.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 40.